

## Y EL MANTEL OLÍA A PÓLVORA

ENRIQUE KRAUZE



*De tal estirpe de intelectuales  
combatientes, procede Octavio Paz.  
José Vasconcelos.*

A mitad del siglo y en el centro del mundo, un poeta mexicano escribe un libro sobre México. Tiene 35 años de edad y un largo itinerario de experiencias poéticas y políticas tras de sí. Luego de cumplir con sus labores diplomáticas (era Segundo Secretario de la Embajada de México en París) dedica a su obra las tardes de los viernes y los fines de semana. Aunque extraña "el sabor, el olor de las fiestas religiosas mexicanas, los indios, las frutas, los atrios soleados de las iglesias, los cirios, los vendedores", no lo mueve sólo la nostalgia. Su íntima tristeza no es reaccionaria. Sus sentimientos en torno a su lejano país son complejos y contradictorios. No lleva la X en la frente sino en las entrañas.

Su pasión mexicana es original y secreta. Es un buzo en las aguas vitales del país, las aguas subterráneas y las aguas del pasado. Mejor aún, es un alquimista en busca de esa "invisible sustancia", la "mexicanidad". Adivina que en México, en sus hombres y mujeres, hay "un pasado enterrado pero vivo, un universo de imágenes, deseos e impulsos sepultados". Desde muy joven lo embarga un agudo sentimiento de soledad y una duda sobre la propia identidad: "la angustia de no saber lo que se es exactamente". De pronto, pensó que su biografía íntima confluía en la historia colectiva, la expresaba y se expresaba en ella. Por eso ha querido "romper el velo y ver":

*Me sentí solo y sentí también que México era un país solo, aislado, lejos de la corriente central de la historia... Al reflexionar sobre la extrañeza que es ser mexicano, descubrí una vieja verdad: cada hombre oculta un desconocido... Quise penetrar en mí mismo y desenterrar a ese desconocido, hablar con él.*

Aquel libro, revelador de mitos, llegaría a ser en sí mismo un mito, el espejo fiel que había anticipado López Velarde, la piedra filosofal de la cultura mexicana. Tan deslumbrantes fueron sus hallazgos, tan comparidos, que ocultaron su carácter de "confesión", de "confidencia", y a los ojos del público lector sepulta-

ron, enterraron vivo, al otro, al desconocido. Y sin embargo, el poeta habló con él. Es el secreto personaje de *El Laberinto de la soledad*, autobiografía tácita, laberinto de su soledad.

\*\*\*

"Los mexicanos debemos reconciliarnos con nuestro pasado". Fórmula para la integración moral de México, la frase es, asimismo, una declaración sobre la vida del poeta. El tiempo comienza en aquella casona de campo en Mixcoac a donde se ha ido a vivir la familia Paz. Un Settembrini y un Naphta de tierras mexicanas disputan sobre el destino del país ligado dramáticamente al de sus propias vidas. No un joven como Castorp, sino un niño, el futuro poeta, es testigo mudo de las diferencias. "El mantel olía a pólvora" y seguiría oliendo a pólvora por muchos años, porque a diferencia de Castorp, don Ireneo Paz y Octavio Paz Solórzano, el liberal y el revolucionario que cruzarían la conciencia histórica del niño, no eran sólo figuras emblemáticas o tutelares, eran su abuelo y su padre, el centro mismo de la familia,

*figura que se bifurca en la dualidad de patriarca y de macho. El patriarca protege, es bueno, poderoso, sabio. El macho (el caudillo) es el hombre terrible, el chingón, el padre que se ha ido, que ha abandonado mujer e hijos.*

En 1910, el patriarca presintió la vuelta del pasado telúrico, el del país y el suyo propio. Aunque su primera reacción fue reprobar la "estúpida revolución" de Madero, el recuerdo de sus propias campañas antirreeleccionistas al lado de Porfirio Díaz contra Juárez y Lerdo y la memoria de los años en que dejó trabajo y familia para lanzarse a la aventura política, despertaron al caudillo que corría en sus venas. En 1911 *La Patria* (diario que editaba desde 1877) tomó sus distancias del dictador y atacó a los "Científicos". A sus 75 años, Don Ireneo tenía las agallas de pasar a la oposición y sufría un largo confinamiento en la cárcel de Belén. El 7 de junio de 1911, día de la entrada de Madero a la ciudad de México, *La Patria* anunciaba en un gran titular, con la foto del Apóstol: ECCE HOMO, "tenía que triunfar y triunfó".

Pero una cosa era la renovada esperanza en la libertad y otra, muy distinta, la amenaza de la revolución zapatista. Acaso Don Ireneo la vinculaba en su memoria con las huestes indígenas del Tigre de Alica, protagonistas de una sangrienta guerra étnica en el Occidente de México. Para *La Patria*, Zapata era el "tristemente célebre Atila del Sur" y sus soldados "chusmas alzadas", "gruesas bandas de endemoniados" de las que el "suelo patrio" debía "purgarse". Al sobrevenir la caída de Madero, aquellas páginas editoriales llegaban a una convicción escéptica: "el pueblo mexicano no comprendió la libertad, ni acertó a disciplinar su carácter". Sólo la educación liberal resolvería a largo plazo el problema político del país. Entre tanto, no había más remedio que "acogerse al huertismo".

\*\*\*

El 31 de marzo de 1914, mientras en Torreón luchan encarnizadamente las fuerzas federales y las villistas, cuando en la ciudad de México corren rumores sobre la "muerte casi segura del feroz Emiliano Zapata", la redacción de *La Patria* recibe una noticia que anunciará el día siguiente "con toda felicidad": el "primer alumbramiento de la esposa del Lic. Octavio Paz, hijo de nuestro director, dando a luz un robusto infante". Se llamará Octavio, como su padre, y pasará su infancia al lado del octogenario patriarca.

Al sonoro rugir de un clarín, Don Ireneo congregaba a su familia en el patio. Aunque cultivaba como Cándido hortalizas, inquieto siempre, a veces se ausentaba. Su nieto lo acompañaba en algunas de esas campañas: una visita a Mimi Derba —la actriz de moda— o el cobro de algunas rentas. Otro lugar de encuentro era la biblioteca, que contenía joyas de historiografía sobre la Revolución Francesa y álbumes con imágenes de sus héroes políticos y literarios: Mirabeau, Danton, Lamartine, Victor Hugo y Balzac. Tal vez fue en ese altar cívico, entre retratos de Prim, Castelar, Napoleón, donde el nieto lo escuchó hablar de Juárez y de Porfirio, de los zuavos y los plateados. Había sido cetero con la pluma y con la espada. Rebelde, revoltoso, revolucionario, el título de uno de sus punzantes periódicos lo describía a la perfección: "El diablillo colorado".

Después de muerto, su nieto no lo confinó al olvido: a través de los años leyó con indulgencia sus novelas, poemas, leyendas históricas, hojeó con regocijo el malévolo *Padre Cobos*, se sorprendió ante las mil vicisi-

tudes que narra en *Algunas campañas* y al cabo de medio siglo, al poner el pasado en claro, escribió:

Mi abuelo a sonreír en la caída  
y a repetir en los desastres: a lo hecho, pecho.  
(esto que digo es tierra  
sobre tu nombre derramada: blanda te sea).

La libertad y el poder fueron los temas de su vida. Desde 1884 había apoyado a Díaz —el "gobernante que ha sabido sacar, de entre los escombros casi, una nacionalidad respetable"—, al final rompió con él, creyó fugazmente en el maderismo, temió que el zapatismo fuese una Guerra de Castas, apoyó a Huerta y terminó sus días pensando que "la Revolución había sustituido la dictadura de uno, el caudillo Díaz, por la dictadura anárquica de muchos: jefes y jefecillos". Su fluctuación reflejaba una duda genuina sobre la madurez cívica del pueblo mexicano y un miedo de que el país —que personas como él habían reformado, defendido y construido— volviese a los días de la desintegración y la anarquía.

En los obituarios, la prensa olvidó sus años porfiristas y lo recordó como lo que era, "el decano del periodismo", "uno de los más esforzados paladines del liberalismo". Había vivido el ciclo entero: de la guerra a la paz, de la paz a la guerra. El último sobreviviente de su época, el último liberal.

\*\*\*

Octavio Paz Solórzano decía que su padre no entendía la revolución. Nacido en 1883, condiscípulo de Antonio Caso y José Vasconcelos en la Escuela de Leyes, quería para sí un destino de leyenda, como el del patriarca. A principios de 1911, cuando ascendía apenas la estrella de Zapata, el "Güero Paz" viaja por la zona de Zumpango. Quiere ver los hechos de primera mano. Es el anuncio de su posterior incorporación a la Revolución del Sur.

El triunfo del maderismo parecía el presagio de una vida tranquila para el joven abogado: en 1911 Paz Solórzano publica un "Novísimo manual del elector", consolida su despacho (Relox 23, Teléfono Ericsson 1622), se casa con Josefina Lozano ("Pepita", la hermosa española del rumbo de Mixcoac), y con ella viaja a Ensenada, donde ocupa varios puestos dependientes del Ministro de Justicia, Jesús Flores Magón. Pero ni los tiempos ni el carácter del joven abogado propician la vida pacífica. Ha tenido pleitos casi a muerte con el Prefecto de Mixcoac y volverá a tenerlos con algún cacique de Ensenada. Es hombre de armas tomar. En



Ireneo Paz.  
Presidente Editor del diario *La Patria*.

mayo de 1914, recién nacido su hijo, "se va a la Revolución". Sobre los pasos de su amigo, el abogado anarquista Antonio Díaz Soto y Gama, llega a pie hasta el campamento zapatista. El 5 de agosto de 1914, Don Ireneo condesciende a publicar un "gran documento para la historia": "El Plan de Ayala". Tres semanas más tarde, aparece el último número de *La Patria*, el 11, 767.

Nuevo evangelista, Paz recoge testimonios de la Revolución del Sur. En abril de 1916, Zapata lo comisiona como Agente de la Revolución en los Estados Unidos. Era tarde para su causa, pero Paz no lo sabía. Sus despatches, escritos a salto de mata, desde sitios y circunstancias inverosímiles, son un compendio de estoicismo y candidez: "me quedé sin comer en varias ocasiones e hice el recorrido a pie —escribía a Zapata desde Chautzinca, en los dominios del general Domingo Arenas, agregando— la situación militar es muy favorable a nosotros, pues los carrancistas sólo tienen en su poder las vías férreas, los puertos y las capitales... se anuncia por todas partes que salen Carranza, Obregón y Luis Cabrera... Wilson no sabe qué hacer y está dando palos de ciego... se aproxima nuestro anhelado triunfo".

Volvió a vivir las peripecias, los riesgos, las privaciones de su padre, pero no tuvo su fortuna. En San Antonio conspiró incansablemente por un año. Sus cartas a Soto y Gama trasminaban frustración, desconcierto, amargura, casi desamparo. No faltó quien informara al cuartel general de su súbito alcoholismo. En 1918, se estableció como editor en Los Angeles, desde donde escribió a Jenaro Amezcua: "yo he estado en este país, enteramente solo y sin recursos de ninguna clase y en varias ocasiones atado de pies y manos". Y sin embargo, empeñado como estaba en buscar la unidad de los exiliados revolucionarios, pidió ayuda para sacar de la cárcel a Ricardo Flores Magón y siguió creyendo "en el triunfo de la revolución, de la verdadera revolución".

Durante los años veinte, intentó por varias vías construir una carrera política. Por desgracia, sus apuestas, hijas todas de la convicción zapatista, fueron o resultaron equivocadas. Ligado al Partido Nacional Agrarista, la caída de Obregón fue también su caída. Es entonces cuando retoma francamente la vocación intelectual de Don Ireneo: publica en diarios y revistas las leyendas históricas de su revolución y escribe una *Historia del periodismo en México*. Sus temas eran muy distintos a los del abuelo: no el poder y la libertad sino la justicia y la igualdad. Su generosa pasión era seguir siendo el abogado del pueblo, defender a sus amigos, los campesinos de Santa María Aztahuacán, a los de Santa Marta Acatitla, a los del rumbo de los Reyes, seguir con ellos la fiesta, la borrachera interminable de la revolución, subirse al tren, hombrearse con la muerte y quizá morir entre ellos, como se moría en la revolu-

ción. La revolución lo había arrebatado en 1914, ¿había vuelto alguna vez? Muchos años más tarde, su hijo describiría su sino:

Del vómito a la sed,  
atado al potro del alcohol,  
mi padre iba y venía entre llamas.  
Por los durmientes y los rieles  
de una estación de moscas y de polvo,  
una tarde juntamos sus pedazos.

\* \* \*

La firma del poeta Octavio Paz se parece a la de su padre: la misma *O* característica, abierta y sin remate, el mismo ritmo, la misma inclinación. ¿Cuántas veces habrán visto esa rúbrica en los papeles de O. Paz editores? "Después de muerto lo confiné al olvido. Aunque olvido no es la palabra exacta. Lo tuve presente pero aparte, como un recuerdo doloroso". A su madre la tuvo presente siempre, aún en la distancia: ella mitigaba el desamparo, la zozobra, el hueco, la carencia. "La mujer es la puerta de reconciliación con el mundo": no sólo su madre, también su tía (la amiga de Gutiérrez Nájera, que lo inició en la literatura) y, años más tarde, las mujeres que amó. Ellas —múltiples caras de Ariadna— le abrieron la puerta hacia su pasión más profunda, la poesía, y lo salvaron del laberinto. El padre, en cambio, no era puerta de salida sino muro de silencio. El hijo hubiera querido compartir su soledad, comulgar con él, poner la vida en claro. Era difícil:

Yo nunca pude hablar con él.  
Lo encuentro ahora en sueños,  
esa borrosa patria de los muertos.  
Hablamos siempre de otras cosas.

Y sin embargo, había sido testigo de su vida y por momentos, como al abuelo, lo acompañaba. De ambos abrevó la pasión política. Fue él quien lo acercó al "verdadero México", el de los campesinos zapatistas, y quien lo inició en el conocimiento de la *otra* historia de México, enterrada pero viva:

Cuando yo era niño visitaban mi casa muchos viejos líderes zapatistas y también muchos campesinos a los que mi padre, como abogado, defendía en sus pleitos y demandas de tierras. Recuerdo a unos ejidatarios que reclamaban unas lagunas que están —o estaban— por el rumbo de la carretera de Puebla: los días del santo de mi padre comíamos un plato precolombino extraordinario, guisado por aquellos campesinos: "pato enlodado" de la laguna, rociado con pulque curado de tuna.

El legado mayor estaba implícito: si el patriarca había sido un rebelde liberal, y el padre un revoltoso zapatis-

ta, el nieto debía inventar para sí un "sino de relámpago", buscar por cuenta propia a "la gran Diosa, la Amada eterna, la gran Puta de poetas y novelistas", la que en su modesta variante mexicana fue y vino por todo el país,

alborotando los gallineros femeninos y arrancando a los jóvenes de la casa paterna: es la Revolución, la palabra mágica, la palabra que va a cambiarlo todo y que nos va a dar una alegría inmensa y una muerte rápida.

\*\*\*

"De joven —recordaría muchos años más tarde— quise ser revolucionario, héroe, fusilado, libertador". Son los fervorosos años treinta. Lo arrastra "el viento del pensamiento, el viento verbal". Cree que el porvenir está en Rusia, donde la humanidad ha comenzado a vivir el destino que Marx le tenía prometido. En las revistas que funda o en las que participa, "revolución" y "poesía" son vasos comunicantes. Tras la muerte de su padre en 1936, abandona la casa paterna. ¿Qué busca en Yucatán, como maestro en una escuela para campesinos? Es un cardenista social, pero también un *narodniki* anacrónico, como su padre. ¿Qué despierta en él la Guerra Civil Española? El mismo entusiasmo que en tantos intelectuales de Occidente y una esperanza íntima: hallar en esa "espontaneidad creadora y revolucionaria", en esa "intervención directa y diaria del pueblo", una secuela ampliada y venturosa de aquella otra revuelta poética e histórica, la del Sur, la de México.

La Revolución —descubre en su *Laberinto*— es una súbita inmersión de México en su propio ser... Es un estallido de la realidad: una revuelta y una comunión, un trasegar viejas sustancias dormidas, un salir al aire muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finuras ocultas por el miedo a ser. ¿Y con quién comulga México en esta sangrienta fiesta? Consigo mismo, con su propio ser. México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce por fin, en abrazo mortal, a otro mexicano.

En *El laberinto de la soledad* la historia de México a partir de 1821 y aun antes, durante la Colonia, es una máscara impuesta sobre un rostro auténtico. La Independencia y la Reforma son una triple negación del pasado (indígena, cristiano y español) y una imposición de ideas europeas. El Porfiriismo es una simulación de

orden y progreso. Sólo la Revolución, palabra mágica, remueve la máscara: es un advenimiento que deja entrar la luz y el aire, libera, reconcilia, recobra, expresa. ¿Y con quién comulga Octavio Paz, a quién abraza, en esa descripción casi teofánica? Comulga con Octavio Paz, "el que se fue por unas horas / y nadie sabe en qué silencio entró". Abraza a Octavio Paz, el otro, el mismo.

\*\*\*

Árbol adentro, su revolución es la mexicana, la igualitaria, la utópica, la comunitaria, la verdadera, la zapatista. A partir de ese origen, de ese encuentro, Paz será siempre, en el sentido literal de la palabra, un hijo de la Revolución Mexicana. El movimiento hacia ella ha sido un acto poético de amor y filiación. Pero no podía bastarle, porque en el sentido inverso, árbol afuera, necesitaba encontrar su propia revolución, aquella en la que él fuese protagonista. ¿Una revolución violenta? Sus armas personales —lo sabía ya muy bien— eran otras. Había roto con el sino de su estirpe, pero no con su estirpe ni con la voluntad de participar en un cambio radical de los destinos humanos.

Por largos años esperó su advenimiento. Hacia 1950, al conocer y denunciar la existencia de los campos de concentración en la Unión Soviética, transfirió su esperanza a "la oleada revolucionaria de los países de la periferia". Al ceder ésta, la vio alzarse en la "espléndida actitud" de los jóvenes de Occidente, nuevos nómadas de la era industrial, reinventores del neolítico, desdeñosos del futuro, ídolos del instante, y en la no menos promisoriosa de los jóvenes del Este, no desengañados, hastiados del marxismo. En el verano de 1968, desde un hotel en los Himalaya, escuchó con "emoción increíble" las noticias sobre la rebelión de los estudiantes parisinos y vio en la posible fusión del movimiento estudiantil y la clase obrera el cumplimiento de la profecía de Marx, el principio de la Revolución en Occidente.

La buscó también en los libros y sus reverberaciones. En los poseídos de la literatura rusa, en los textos canónicos de Marx y Lenin, en los textos heréticos de Trotski, en las polémicas entre Sartre y Camus que dividieron los tiempos modernos, en la poesía subversiva y la subversión poética, "hinchada la lengua de política", en el Café París de la ciudad de México o en algún bar de París (como el "México City" que refiere Camus en *La caída*), con José Revueltas o con Kostas Papaioannou, Paz quiso encontrar la clave de la historia, y con

La buscó también en los libros y sus reverberaciones. En los poseídos de la literatura rusa, en los textos canónicos de Marx y Lenin, en los textos heréticos de Trotski, en las polémicas entre Sartre y Camus que dividieron los tiempos modernos, en la poesía subversiva y la subversión poética, "hinchada la lengua de política", en el Café París de la ciudad de México o en algún bar de París (como el "México City" que refiere Camus en *La caída*), con José Revueltas o con Kostas Papaioannou, Paz quiso encontrar la clave de la historia, y con



Octavio Paz Solórzano durante la campaña política del candidato del Partido Nacional Agrarista a la Presidencia de la república, 1923. Edit. Gustavo Casasola, EGC.

ella el perfil de la inminente Revolución. Se enamoró de esa idea, es verdad, pero a diferencia de toda su generación, esperó despierto, denunciando públicamente desde 1950 las simulaciones y los crímenes de los gobiernos revolucionarios del siglo XX. Poco a poco, logró devolver la transparencia a las palabras, deslindar la "revuelta" y la "rebelión", voces de libertad, de la "revolución", voz del poder, "doctrina armada". No renunciaba aún al mito rector de su pasión política, pero lo sometía a juicio. Entonces escribió su "Canción Mexicana" donde recordó a su abuelo y su padre. Ellos le hablaban de grandes episodios nacionales, héroes de verdad, "y el mantel olía a pólvora":

Yo me quedo callado:  
¿de quién podría hablar?

\* \* \*

De pronto, los vientos de Occidente trajeron olor a pólvora. Al estallar el movimiento estudiantil mexicano, Paz entiende que el error ha sido esperar. Esta vez no espera: actúa. Sus despachos (inéditos) al Ministro de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, son un testimonio que lo honra. El 6 de septiembre le escribe:

Aunque a veces la fraseología de los estudiantes... recuerde a la de otros jóvenes franceses, norteamericanos y alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social —aunque muchos de los dirigentes sean revolucionarios radicales— sino de realizar una *reforma* en nuestro sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década de México será violenta.

El 3 de octubre escribe el poema epítafio "México: Olimpiada de 1968". Tras de hacer un "examen de conciencia", el 4 de octubre envía una larga carta reprobatoria de la política gubernamental y presenta su renuncia:

No estoy de acuerdo en absoluto con los métodos empleados para resolver (en realidad: reprimir) las demandas y problemas que ha planteado nuestra juventud.

Bien visto, era su primer acto en la arena de la política después del fugaz intento de la Guerra Civil Española. Pero esta vez la rebelión, la espontaneidad, la iniciativa eran *suyas*: hijas de su biografía y de su libertad. Porque en ese acto valeroso que recorre el mundo, Paz cumplía también con un ciclo íntimo, la promesa inscrita en su linaje: irse a la revolución. En comunión con la revuelta estudiantil, el rebelde se va a su revolución en el acto de romper con una revolución petrificada. Con un poema y una renuncia en la Plaza pública de Tlatelolco, Octavio Paz se convirtió en protagonista de su propia "Canción Mexicana".

\* \* \*

*Posdata* es el manifiesto de su revolución personal. Pero, ¿se trata de una revolución? En el momento de su mayor radicalidad democrática, Paz descubre una veta profunda de la Historia Mexicana: la Reforma. El adversario no es el orden colonial sino su sucedáneo: la pirámide del poder —que es a un tiempo realidad tangible y premisa subconsciente—, y en particular el PRI: "cualquier enmienda o transformación que se intente exige, ante todo y como condición previa, la reforma democrática del régimen". La reconciliación con el pasado ocurre ahora con la herencia liberal a través del ejercicio cotidiano de la crítica:

La crítica es el aprendizaje de la imaginación en su segunda vuelta, la imaginación curada de fantasía y decidida a afrontar la realidad del mundo. La crítica nos dice que debemos aprender a disolver los ídolos: aprender a disolverlos dentro de nosotros mismos. Tenemos que aprender a ser aire, sueño de libertad.

Era la segunda vuelta de Paz a México. Libre de ataduras oficiales, llegaba en 1970 a deshacer todos los equívocos, pero se encontró con el mayor equívoco de todos: la Revolución, no la libertaria sino la otra, la "Gran Diosa", la "Amada eterna", la "Gran puta" había embrujado a la generación juvenil del 68. Ellos no querían remedios contra la fantasía ni disoluciones de ídolos e idolatrías, no querían ser aire sino "viento verbal", "héroes, libertadores, fusilados", guerrilleros en todas sus variantes: en la sierra o en la calle, en el aula o el café, en la estación de radio o la redacción del periódico, en la voz o en el papel. Algunos esperaban que Paz encabezara un partido de izquierda. Él tenía en mente una enmienda intelectual y moral de México, y contribuiría a ella como escritor independiente. Los papeles se habían cambiado. En un eco remoto de las discusiones de Mixcoac, volvió la lucha de generaciones: revolucionarios contra liberales.

Mientras Occidente descubría o confirmaba en el *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsin (1973) que el mito abstracto de la revolución había costado decenas de millones de vidas concretas, los caminos de Paz y los jóvenes del 68 se bifurcaban para no encontrarse más. "Ahora sabemos —escribió— que ese resplandor, que a nosotros nos parecía una aurora, era el de una pira sangrienta". Nadie en la izquierda lo escuchó. El sueño de comunión se disipaba en un alud de excomuniones. Con un puñado de amigos, en 1971 Paz fundó *Plural* y en 1976 *Vuelta*. Sus trincheras de editor militante, como su padre, como su abuelo. En ellas condenó sin descanso ni omisión a los gorilas de América Latina, pero su pasión crítica se concentró en la más impopular de las causas: abrir los ojos a la izquierda mexicana sobre la realidad de la Revolución Rusa y,